

¿MERECE LA PENA LEER *EL BERNARDO*?:
LECTURA Y LECTORES DEL POEMA ÉPICO DE
BERNARDO DE BALBUENA

POR

ROSA PERELMUTER
University of North Carolina-Chapel Hill

Cuando en las “Noticias del autor” que introducen la edición de *El Bernardo* de 1808, la primera después de la *princeps* del 1624, se explicitan las razones que impulsaron esa reimpresión del poema épico de Balbuena, se nos dice que “Sus obras, siguiendo el mismo destino que las memorias de su vida, iban ya á perecer por la escasez de los ejemplares á que estaban reducidas. En tales circunstancias el editor ha creído hacer un servicio importante á nuestras letras reimprimiendo el poema, que es la principal producción de Balbuena, y merece un lugar tan distinguido entre los apreciadores de las musas españolas”. Estas palabras, que aparecen sin firma, pero que pertenecen casi seguramente a D. Manuel José Quintana, siguen teniendo vigencia varias décadas después, pues se repiten en el prólogo, tomado íntegramente de la edición de 1808, a la edición del poema publicada por la casa de Gaspar y Roig en 1852. Pese a la insistencia de Quintana, a quien se debe, directa o indirectamente, casi toda la actividad editorial y crítica sobre Balbuena en la primera mitad del siglo XIX, el extenso poema de Balbuena, que consta de 5,000 octavas reales, no tuvo sino dos impresiones más: la del tomo I de “Poemas épicos”, volumen XVII de la Biblioteca de Autores Españoles, preparada por don Cayetano Rosell en 1851; y la más reciente de 1914, una edición lujosa de 200 ejemplares numerados, publicada en Cataluña en la Imprenta San Félix de Guixols.

Además de estas ediciones del poema completo, existen un buen número de selecciones del texto, fragmentos que con el paso de los años se han ido reduciendo notablemente. La primera selección la publica el propio Quintana en su *Musa épica*, segunda parte de su colección de 1833 titulada *Poesías selectas castellanas*. Quintana escoje poco menos de la tercera parte del poema, pero sus notas y observaciones sobre el arreglo de los fragmentos y sobre algunos pasajes oscuros logran brindar al lector una muestra exacta de la totalidad del poema, impresión compartida por Eugenio de Ochoa, quien en 1840 reproduce la introducción y el texto de Quintana en su *Tesoro de los poemas españoles*. Las antologías posteriores raramente traerán selecciones tan generosas. Por ejemplo, la de Frank Pierce, *The Heroic Poem of the Spanish Golden Age: Selections*, que data de 1947, incluye 248 octavas, mientras que la que Félix Merino prepara para Ebro en 1955 ya no incluye sino 64.

La conclusión que parece desprenderse de todo esto (la falta de ediciones modernas, la creciente reducción de versos recogidos en antologías) sería que *El Bernardo*, simple y

llanamente, no interesa. Pero, si es así, ¿cuándo dejó de interesar? ¿y por qué? Para responder a la pregunta que da título a mi trabajo habría que comenzar, antes que nada, por trazar una especie de mapa de lectores o configuración de los consumidores de esta épica caballeresca. ¿Quiénes han leído *El Bernardo* en todos estos años? ¿Qué opinan estos lectores? ¿Qué merece la pena o qué no? Éstas son las cuestiones que me interesaría revisar aquí.

Una de las primeras opiniones acerca de la obra nos la proporciona el autor mismo, en el prólogo que alega haber escrito casi veinte años después de terminar su poema. Allí nos dice, primeramente, que su libro “sale ahora por gusto y consejo de personas que le tienen bueno” (ix) y luego pasa a explicar en detalle los preceptos de su arte, aprendidos en gran parte en Aristóteles y Horacio. Balbuena subraya que, tanto en la forma como el contenido, siempre ha tenido presente “el receloso gusto del lector” (xvi) y que ha procurado deleitar aunque también instruir (xx). Su reacción al enfrentarse después de tanto tiempo a este fruto de “los primeros trabajos de [su] juventud” (vii), no puede ser más positiva. Aunque inicialmente el ya para aquel entonces Abad Mayor de Jamaica parece dudar de la propiedad de publicar *El Bernardo* a esas alturas, por considerar que, y cito, “en alguna manera desdice de lo que en rigor toca a mi oficio y dignidad, y a la profesión de púlpito y estudios de teología” (vii), pronto abandona todo túbeteo y el resto de su prólogo rezuma seguridad en el valor de su obra y fe en la aceptación del público. Su actitud frente al poema queda perfectamente resumida en un pasaje de su *Compendio apologetico en alabanza de la poesía*, publicado conjuntamente con su *Grandeza mexicana* en 1604, cuando el poeta pregunta retóricamente, “¿qué gusto hay tan acedo y melancólico, qué sangre tan fría y amortiguada a quien un maravilloso poema épico o heroico no levante y entretenga leyendo en él los altos y sublimes hechos de los antiguos héroes y capitanes famosos de los reyes y príncipes del mundo?” (Porrúa, 144). El poeta no duda que a su público le agraden los poemas heroicos y que por lo tanto el suyo vaya a gustar también. Así, en efecto, parecen sentirlo coetáneos suyos como Mira de Amescua, quien en la Aprobación a *El Bernardo*, que data de 1609, afirma que el poema “merece ser impreso y leído y su autor alabado”, y Lope de Vega, quien a juzgar por su *Laurel de Apolo*, leyó con entusiasmo el poema del “Doctísimo Bernardo de Valbuena”, a quien apostrofa, “¡Qué bien cantaste al español Bernardo!” (Silva II). La fama de Balbuena, según José Rojas Garcidueñas, habría sido aun mayor entre sus contemporáneos si su *Bernardo* no se hubiera publicado tan tardíamente, “pues aunque Balbuena alcanzó entre sus contemporáneos estimación y renombre considerables, mayores habrían sido de haber producido sus poemas en época mejor, que no esa en que la transición a nuevos gustos y a otra sensibilidad estaba ya en el aire literario de España” (200; convendría recordar aquí que los poemas épicos más importantes del momento se publicaron con bastante antelación: *Las lágrimas de Angélica*, de Luis Barahona de Soto, 1586; *La Austriada*, de Juan Rufo, 1584; *La Araucana*, de Ercilla, 1569,78,89; *El Arauco domado*, de Pedro de Oña, 1596; *La hermosa de Angélica*, de Lope de Vega, 1602; *La Cristiada* de Diego de Hojeda, 1611, etc.).

Pero si para Balbuena era inconcebible que un poema como el suyo no gustara a los lectores de su época, lo cierto es que apenas cincuenta años después, según lo registra Nicolás Antonio en su *Bibliotheca hispana nova* (1672), *El Bernardo* ya casi no se lee. De hecho, John Van Horne, que sigue siendo el crítico que más a fondo ha estudiado el poema,

no encuentra otros testimonios sino hasta fines del siglo XVIII, cuando aparece un ensayo de Alberto Lista (“Examen del *Bernardo* de Balbuena”, en la *Revista de Ciencias, Literatura y Artes de Sevilla*, 3 [1799]; Van Horne 169). No es de extrañar, entonces, que en las palabras preliminares de la edición de 1808 del poema se señale, como citamos más arriba, que las obras de Balbuena estaban por desaparecer, y que Quintana se sienta obligado, penetrado quizás del espíritu caballeresco que informa el poema, a rescatarlo del olvido.

Las opiniones de Quintana son un tanto curiosas. Por una parte, en el ensayo introductorio que titula “Sobre la poesía épica castellana” (170-72), alabó el genio de Balbuena, quien opina “ha sido entre nosotros quien nació con más dones para esta alta poesía”, enumerando lo que él llama “las riquezas poéticas con que el ingenio del autor supo dotar a su *Bernardo*”. Pero por otra parte pasa revista a los defectos del poema, que resultan ser numerosos: “El principal”, nos dice, “es la difusión monstruosa y la prolijidad con que, dando rienda a su imaginación inventiva, amontona episodios sobre episodios, que, cruzándose y confundiéndose entre sí, forman un laberinto sin salida, donde el autor se pierde miserablemente y el lector se aburre y deja caer el libro de la mano, sin deseo de volverle a tomar otra vez, por no volverse a fatigar en balde”. Su certeza de que la lectura del poema en su totalidad ha de aburrir y hastiar sin duda contribuye a su decisión de publicar en 1833 la versión abreviada de la obra, que como vimos figura en el segundo tomo de sus *Poesías selectas castellanas* y que luego se volverá a reproducir en el *Tesoro de los poemas españoles* de Eugenio de Ochoa (1840). Pero los testimonios que predominan a partir de entonces harán caso omiso a esta versión abreviada para fijarse —con mayor o menor agrado— en el poema en su totalidad.

Don Cayetano Rosell, quien edita el poema para la BAE en 1851, admite que en el poema coexisten “los dones más ricos de la naturaleza con los yerros de la más desenvuelta precocidad ó del gusto más depravado” (iii), pero justifica la publicación del texto advirtiendo lo siguiente: “No teman, sin embargo, nuestros lectores desalentar en el largo espacio de cuarenta mil versos que comprende este poema: á cada paso encontrarán bellezas donde recrear su vista, alicientes que les hagan olvidar el fastidio de tal ó cual pasaje, y sin sentirlo, proseguir embebecidos en su lectura; que este es el privilegio de los talentos superiores” (iv). Rosell continúa con lo que parecería ser una crítica a Quintana (cuya *Musa épica* conocía perfectamente, puesto que cita ampliamente de su introducción), rechazando los principios que fomentan la preparación de ediciones abreviadas: “Y á los que desearan ver únicamente lo bueno de esta obra inmensa, entresacándolo de la confusa hojarasca que lo oscurece, les dirémos ante todo que el sistema de esta publicación no es dar extractos, sino obras completas en cuanto sea posible; y ademas que tanto aprovecha á los doctos é inteligentes (pues nuestra Biblioteca no es para curiosos y principiantes) lo perfecto por lo que enseña, como lo defectuoso por lo que corrige” (iv-v).

Gran interés en el poema, sin embargo, don Cayetano no logró despertar. (No sería de extrañar que el haberlo comparado con “el monstruoso engendro del pintor de Horacio” [iv] hubiera desanimado a los lectores). Su edición, como vimos anteriormente, no inspirará otras, salvo la que aparece en 1914 con exigua tirada de doscientos ejemplares. Pero el poema, a partir de entonces, no deja de ser leído —o por lo menos citado— por los principales estudiosos de la literatura hispánica (los “doctos é inteligentes” de que hablaba Rosell, sin duda), quienes a su vez —como lo hiciera Nicolás Antonio— no dejarán de

observar que el poema no se lee. Ese es el caso de Pedro Henríquez Ureña, quien tras consignar ese hecho añade: “Su *Bernardo* es desmesurado y complicado, pero debía leerse, cuando menos, como suele hacerse con la *Faerie Queene* de Spenser, tomando el libro de vez en cuando y leyendo dos o tres páginas. Si el arte de hacer antologías estuviera más de moda en los países hispánicos, Valbuena aún podría salvarse para una posteridad indiferente que, por falta de atención, pierde algunas de las notas más tiernas, las descripciones más brillantes y los versos más bellos que pueden encontrarse en el idioma” (76-77). Así que, como observa Henríquez Ureña, el poema no se lee, pero *debía leerse*, aunque fuera — *pace* Rosell— en antología.

La extensión del poema, que es precisamente lo que lleva a Henríquez Ureña a pensar en la versión abreviada, no deja de figurar en casi todos los comentarios, con frecuencia como testimonio de la laboriosa tarea de lectura. Así le ocurre a Ticknor, quien señala que el poema “has one capital defect. It is fatally long, thrice as long as the *Iliad*. There seems, in truth, as we read on, no end to its episodes, which are involved in each other till we entirely lose the thread that connects them” (II 483-84). Más recientemente Rojas Garcidueñas delata la misma impaciencia al emplear expresiones como “el largo camino de los cuarenta mil versos del poema”, o al lamentarse de la “monotonía métrica” de la obra, concluyendo que “es indudable que cinco mil octavas reales son muchas y por fuerza han de producir fatiga al no verse aliviadas con ningún cambio ni variante de ritmo en todos sus cuarenta mil renglones” (154). Como se habrá notado, casi siempre que se habla de la extensión de la obra se trae a colación el número exacto de octavas o de versos (o ambas cosas, como en el último ejemplo) que constituyen el poema, tal vez para subrayar que se trata, como dice Cayetano Rosell, de una “obra inmensa” (iv).

Pero aunque en casi todos los comentarios se menciona la cifra, la reacción ante ella no es siempre la misma. Aubrey F.G. Bell se deleita con el poema: “We can read with pleasure the whole of Balbuena’s romantic epic *El Bernardo*, and if at the end of its forty thousand lines we scarcely remember the intricate story or any of its characters, one’s mind is stored with brilliant descriptive passages, full of colour and encased in melodious verse” (159). A Van Horne, por su parte, la lectura le resulta estimulante: “I read the poem for the first time to get light on a topic suggested through the *Araucana*, i.e., the attitude toward the enemy in sixteenth century Spanish narrative poetry. But the *Bernardo* proved to be so rich and suggestive for its own sake, that it aroused in me the desire to analyze its qualities in detail” (9-10). Aunque Van Horne, por supuesto, no niega que el poema sea largo, insiste en que da la impresión de ser más extenso de lo que es, inclusive cuando se le compara con otras épicas extensas [recordemos que el *Orlando furioso* tiene 46 cantos o 4841 octavas reales; el *Orlando innamorato* de Boiardo tiene 69 cantos o 4429 octavas; *La Araucana* tiene 37 cantos o 2700 octavas; mientras que el *Arauco domado* está dividido en 19 cantos o 1988 octavas reales]: “In the *Bernardo* I count 1330 stanzas of secondary stories and 755 of catalogues, making some 2085 in all. The conclusion is, I believe, obvious. The action of the *Bernardo* is more cut up by episodes, stories, and change of speakers than is the *Furioso*. Hence arises the greater difficulty in following the story and the impression of the great length of the *Bernardo* as compared with the *Furioso*” (169). Su opinión es que el placer del *Bernardo* deriva de las múltiples sugerencias, las relaciones y fuentes que se pueden rastrear a cada paso. A diferencia de Bell, quien disfruta de la

experiencia global, de *haber leído* el texto más que de leerlo, o de Henríquez Ureña, que se contentaría con leerlo a retazos o aún en antología, Van Horne insiste en la ventaja de leerlo en su totalidad, pero lenta y detenidamente. “There is hardly a page of the long poem”, nos dice, “that does not invite some kind of minute investigation” (11). Inclusive entre los testimonios más recientes, digamos el de Angel Valbuena Prat de hace casi treinta años, se sigue escuchando lo mismo: “Pocos poemas”, nos dice su tocayo, “se leen con el agrado y sorpresa del *Bernardo* a pesar de su enorme extensión” (II 315).

Ahora bien, para regresar a la pregunta que da título a este trabajo, ¿merece la pena leer *El Bernardo*? Este breve recorrido por diversos testimonios de lectores del poema a lo largo de más de trescientos años parece indicar que sí, que a pesar de sus defectos, a pesar de su extensión, aquéllos que lo han leído opinan decisivamente que vale la pena leerlo. Será “fatally long” para Ticknor, pero eso no le impide mantener que “It is one of the two or three favored poems of its class in the language” (II 483). Y no es menos contradictoria la opinión de Menéndez y Pelayo, quien después de pasar revista a las debilidades del poema, añade: “Pero con todos estos graves y substanciales defectos, todavía creemos, como creyó Quintana, que las facultades descriptivas del Abad de la Jamaica eran casi iguales á las del Ariosto y por de contado superiores á las de cualquier poeta nuestro” (I 57). Esa opinión sigue prevaleciendo hoy en día, pues casi sin excepción se ha seguido alabando este texto que tan pocos leen. Alfredo Roggiano, de hecho, en una reciente historia de la literatura hispanoamericana, llega a tildarlo “el mejor poema clásico-moderno, épico-lírico-barroco de la lengua” (224).

¿A qué se debe tanta hipérbole? Al parecer, esta “obra desmesurada” (Valbuena Prat II 314) no ha dejado de provocar críticas y elogios desmesurados; pero esa pregunta la dejo para otro ensayo, y éste lo concluyo confesando que por mi parte yo, humilde lectora de los cuarenta mil versos endecasílabos de rima ABABABCC del poema, vi con gran alegría el momento en que (y, para los que no se sepan el poema de memoria, les advierto que éstos son los últimos versos de la obra) “Cayó muerto Roldan, quedando vivo / Su eterno nombre, su alma arrebatada / Feroz voló á su esfera, y su gallardo / Cuerpo á los pies cayó del gran Bernardo”.

OBRAS CITADAS

- Antonio, Nicolás. *Bibliotheca hispana nova*. Madrid, 1672.
- Balbuena, Bernardo de. *El Bernardo, O Victoria de Roncesvalles*. 1624. 2ª edición. Madrid 1808. Madrid: Biblioteca de Autores Españoles, Vol. XVII, 1851 (reimpreso 1905). Madrid: Gaspar y Roig, 1852. Cataluña: San Felix de Guixols, 1914.
- _____. *La Grandeza mexicana del Bachiller Bernardo de Balbuena*. México: Melchior Ocharte, 1604. 5ª edición. México: Porrúa, 1990.
- Bell, Aubrey F. G. *Castilian Literature*. Oxford: The Clarendon Press, 1938.
- Henríquez Ureña, Pedro. *Las corrientes literarias en la América Hispánica*. Trad. Joaquín Díez-Canedo. México: Fondo de Cultura Económica, 1949.
- Menéndez y Pelayo, Marcelino. *Historia de la poesía Hispano-americana*. Tomo I. Madrid: Librería General de Victoriano Suárez, 1911.
- Merino, Félix, editor. *Poesía épica de la Edad de Oro*. Zaragoza: Clásicos Ebro, 1955. 2ª edición, 1960.

- Ochoa, Eugenio de. *Tesoro de los poemas españoles*. París: Baudry, 1840.
- Pierce, Frank, editor. *The Heroic Poem of the Spanish Golden Age: Selections*. Oxford: Oxford University Press, 1947.
- Quintana, Manuel José, editor. *Poesías selectas castellanas*. 2ª parte: *Musa épica*. Madrid: M. de Burgos, 1833.
- Roggiano, Alfredo A. "Bernardo de Balbuena". *Historia de la literatura hispanoamericana*. Tomo I. *Época colonial*. Madrid: Cátedra, 1982.
- Rojas Garcidueñas, José. *Bernardo de Balbuena. La vida y la obra*. México: Instituto de Investigaciones Estéticas, 1958.
- Ticknor, G. M. *History of Spanish Literature*. 3 vols. London and Boston, 1849.
- Valbuena Prat, Ángel. *Historia de la literatura española*. 4 vols. 8ª edición. Barcelona: Gustavo Gili, 1968.
- Van Horne, John. "El Bernardo" of Bernardo de Balbuena. Urbana: University of Illinois Press, 1927.